

la tierra de Oriente. Para las mujeres, en cuyo regazo de madres, ó en cuyos ojos de amadas, reposa blandamente el corazón de los hombres que lo tienen, es más dulce ejecutoria la oscuridad de las Catacumbas que las orgías del Palatino de Roma ó de los jardines de Bizancio. La mujer es libre y digna, y hasta soberana en los cultos tiempos presentes, porque fué sufrida y valerosa y mártir en los tiempos borrascosos de la persecucion; cuando los Calígulas y Neronés, y luégo los Eliogábalos, morían cobarde y miserablemente, recibiendo como de limosna la puñalada de un esclavo, las Priscilas y las Lucinas y las Ciriacas conquistaban para sí y para sus hijas el trono de la ternura y del honor, único en que reina por completo la majestad de la hermosura.

La decadencia artística del siglo III, que hiere de incurable sequedad las producciones del mundo pagano, no alcanza del todo al arte cristiano, que logra hasta cierto punto sustraerse á las influencias corruptoras, pronunciarse contra ellas y por una difícil subida hácia el primitivo centro de luz, vislumbrar aún los caracteres de grandeza y de austeridad, que son alma de todos los buenos tiempos, porque á todos pertenecen. La Virgen, sentada con su Hijo en el cementerio de Domitilla, sirve admirablemente para este estudio comparativo de las épocas: en vez de la nobleza y de la elegancia, que á fines del siglo primero ofrece la Virgen del cementerio de Priscila; en vez de aquellas ropas ligeras y de los pliegues graciosos, que envuelven el cuerpo, sin borrar las formas, descúbrese ya la naturaleza como avergonzada de la culpa, la naturaleza que se afea de propósito, los adornos que huyen, la gracia que se esconde. El niño resulta inmóvil, y á la desnudez infantil y candorosa del primero, reemplaza, en este segundo cuadro, una prosáica vestidura, que vela por completo las formas: el cristianismo se desprende de su primitivo amor á la verdad real; empieza á ver con enojo, ó á lo ménos sin complacencia, la hermosura de los seres creados: la verdad positiva cede á la verdad convencional; el arcaísmo tiende á substituir al arte; lo que formó el encanto de los primeros cristianos cae como marchito y helado por un soplo, que no es del cielo; parece

que la muerte quiere suplantar á la vida, y que el ídolo quiere destronar á la Divinidad: el Niño-Dios, vestido y cubierto hasta el cuello, coronado con diadema, ya no es la humanidad deificada, ya no es el hombre hecho Dios: es una especie de emperador pequeño, diríase un mito. La Virgen, sin embargo, conserva casi todos los encantos de su primitivo carácter: si la figura es maciza y pesada, y el ondular de las ropas monótono y casi geométrico, los rasgos del semblante tienen regularidad y nobleza; y en su conjunto majestuoso é imponente percíbese aquel tono de profunda melancolía, que es el sello genuino de la belleza cristiana.

A medida que más avanza en la decadencia el arte pagano, más valerosamente se defiende y avanza en su reaccion el arte de las Catacumbas. Compárense los frescos que el pincel de los mártires producía, casi á oscuras, en los fines del siglo III, con los bajo-relieves que á plena luz esculpian los artistas del imperio en la columna Antonina y en el arco de Septimio Severo, y se verá cuán grande es la diferencia á favor de las obras animadas por el espíritu nuevo. La Virgen del cementerio de San Marcelino, posterior á la del de Domitilla, es más esbelta, más flexible, más elegante: tendrá ménos opulencia en las formas, ménos solidez en los rasgos; pero ostenta mayor franqueza en la ejecucion, mayor dominio del pincel, y aquella dulce espontaneidad á que el arte de allá arriba, cautivo de la idolatría y del despotismo, habia de largo tiempo renunciado.

Cuando, apartándose más y más de la naturaleza y de la verdadera antigüedad, el arte oficial en Roma llegó al último grado de impotencia y postracion; cuando en los días de Constantino, abandonadas ya las tradiciones del mundo clásico, las insensatas suntuosidades del extremo Oriente lo invadian y lo ahogaban todo, y tan sólo las sutilezas de la escuela de Alejandría luchaban contra la tiránica imposición del gusto del Asia, para dar vida al estilo bastardo y doblemente degenerado, que se llama estilo bizantino, la escuela cristiana velaba en las Catacumbas: el arte, fiel á su alianza con el cristianismo, suspiraba con su aliado en los subterráneos, vivía allí como



una lámpara solitaria, que no tarde ha de alumbrar los espacios: en las Catacumbas protestaba, en la medida de sus fuerzas y de sus medios, contra el amor de lo extravagante, que lo corrompía todo en la otra Roma. La historia gloriosa de esta lucha y de esta valerosa protesta hay que estudiarla en el cementerio de Santa Ines. ¡Qué interesante estudio este de las Catacumbas, en sus relaciones con el arte y con la humanidad! Allí solamente se ven las fases principales por que ha pasado la pintura antigua, hecha cristiana, en oposicion constante con las grandes caídas del mundo oficial, y arrastrada al fin, á pesar de sus esfuerzos para defenderse contra el poder de la decadencia. En cada una de estas etapas puede verse, como símbolo de la esperanza y de la vida, la Virgen imprimiendo sobre la aurora de la sociedad nueva una armonía divina, y la mujer, tomando en la sociedad, como en el arte, una importancia creciente y un influjo decisivo. El Evangelio, después de tres siglos de luchas, habia hecho aceptar la igualdad gloriosa del hombre y de la mujer, rechazada brutalmente por el mundo antiguo. Dios, concentrando en una sola criatura el doble ideal de la virginidad y de la maternidad, á la vez misma que dió á la mujer el modelo de todo lo grande y lo perfecto en una y otra esfera, así dió á los artistas el eterno tipo de la hermosura en las dos más altas manifestaciones del sentimiento y del amor.

## VI.

Si de la pintura pasamos á la escultura, idénticas observaciones nos sugerirán los monumentos de las Catacumbas.

La escultura habia encarnado más que la pintura en la sociedad romana. Ésta poseía, no solamente los millares de objetos traídos de Grecia, sino muchos más, labrados en Roma, ya por artistas nacidos en las siete colinas, ya por maestros

griegos atados también al carro de los conquistadores. El lujo de las estatuas y de los bajo-relieves habíase hecho tan excesivo en los tiempos del imperio, que ya la sátira y el epigrama daban cuenta de la población de simulacros de mármol, que podía igualarse en número con la población de los vivientes. Sobre todo, en los días de Adriano el arte de la escultura llegó á un apogeo, que no parecería creíble á no estar todavía en pie la columna de Trajano, y en los museos una buena parte de las estatuas de Tívoli.

En la república y en el imperio los sepulcros fueron objeto principal de la ostentación de los romanos: á escultores y arquitectos daban que trabajar los muertos tanto como los vivos. César tuvo que reprimir, por medio de una ley suntuaria, la enormidad de los gastos que las familias hacían en los sepulcros; así y todo, prestando aquellas á la ley una obediencia puramente literal, hicieron sepulcros ménos costosos, pero al lado de cada sepulcro solían levantar un *monumento* magnífico, como para suplir y aún sobrepasar la grandiosidad que en la tumba misma les estaba prohibida. Sepulcros de primer orden, como el de Cecilia Metella, mujer de Craso, la pirámide de Cestio, el mausoleo de Augusto; sepulcros aislados, como los innumerables que bordaban las vías públicas; sepulcros colectivos (*Columbaria*), donde iban depositándose las cenizas de muchos individuos de una familia; todos eran objetos de arte, todos constituían parte muy considerable de la gran riqueza escultural y mármorea de la Roma de los Césares.

Bien se comprende que los cristianos de los primeros tiempos de la Iglesia poco habían de necesitar y emplear el lujo de estas ricas sepulturas; ellos, que apenas tenían libertad y holgura para depositar sus muertos en los humildes *lículos* de sus cementerios subterráneos. Los escultores romanos y greco-romanos, aquellos que tenían sus talleres en los jardines de Agrippa y trabajaban sin cesar para los palacios de los poderosos, de nada estaban más ajenos que de emplearse en sepulcros para los cristianos, y mucho ménos en esculpir asuntos concernientes á su religión: escultores, entre los primeros fieles de las Catacumbas, no es verosímil que abundasen, y aún



dato que hubiese alguno, faltábanle todas las condiciones y recursos, y hasta luz para emplearse en la difícil labor de la piedra. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la escultura fué, de las bellas artes, la más pagánica, la más identificada con las falsas religiones: exaltadora de la materia, llevando casi á culto la hermosura tangible, la perfeccion de la forma, habia de lograr más difícil y tardío ingreso en un órden de ideas elevado y espiritual, en una religion que sólo estima el cuerpo como cárcel, en que el alma está temporalmente cautiva, como fragil vaso de tierra, que á la tierra ha de volver.

Pero si los cristianos de los primeros siglos carecieron de escultura propia, á diferencia de lo que hemos observado respecto de la pintura, no puede negarse que en aquel arte, mucho más que en éste, utilizaron monumentos de la antigua Roma, en especial para sepulturas. Sarcófagos vacíos y abandonados en tiempo del imperio, con motivo de las guerras ó por extincion de las familias: lápidas, urnas cinerarias, fragmentos de sepulcros, todo esto recogian los cristianos para decorar las tumbas de sus mártires más venerados, para aplicarlo á utensilios necesarios de sus capillas y oratorios: así se explica ver una urna de mármol ó de pórfido sirviendo de pila de agua bendita, ó de lavamanos, ó de cepillo para las limosnas; la cubierta de un sarcófago para fuente bautismal, y multitud de tumbas de mármol, con bajo-relieves mitológicos, guardando los restos de insignes personajes cristianos. Los museos Vaticano y de San Juan de Letran, y las Basílicas y las iglesias de Roma, ofrecen en gran abundancia monumentos de esta clase. El hermoso sarcófago, que se conserva en Santa María Aventina, otro en San Lorenzo fuera de muros, el de la ilustre capilla Savelli, en Santa María de Araceli, uno hallado en el cementerio de Santa Ines, el del pórtico de San Pablo, los del cementerio de Pisa..... Sería interminable el catálogo: estos sarcófagos, repetimos, en cuyos bajo-relieves de varias épocas se leen, como en cantos de la *Odisea* ó de la *Eneida*, fábulas de la gentilidad y escenas báquicas, sirvieron en los primeros tiempos para depósito de cristianos en sus más

altas jerarquías: y no fué esta costumbre de los cristianos de las Catacumbas, sino que duraba algunos siglos despues. Un sepulcro romano, que representaba el robo de Proserpina, guardó los despojos mortales de Carlo-Magno.

Si, pues, los cristianos hicieron uso en los primeros tiempos de muchos sepulcros antiguos, no hay por qué maravillarse de que aceptáran su forma y la disposicion de sus adornos en los sarcófagos que más adelante, en dias ya de paz, labraron para sus muertos. Las observaciones, que hicimos respecto de la pintura, son aplicables á la escultura. Los cristianos no podian inventar un arte nuevo, ni siquiera un nuevo lenguaje figurado, para expresar ciertas ideas generales de la humanidad: aceptaron, pues, del arte pagano todo lo que, sin comprometer en lo más leve los fueros de la creencia verdadera, podia servir para ofrecer á los ojos de la razon, lo más fácilmente que fuera posible, la enseñanza que se proponian difundir. El asunto principal de los bajo-relieves diferirá por completo: á las fábulas de Endimion y de Proserpina, y á los trabajos de Hércules, van á reemplazar las más interesantes figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento; pero en la ornamentacion, en los pormenores, aparecerán en los sarcófagos cristianos, cual eco remoto de las creaciones paganas, ciertos emblemas, dotados ya de significacion mística, que en otros tiempos no pudieron tener. Los ángeles con alas, de los sepulcros cristianos, revelan un órden de espíritus, cuya nocion, quizá alterada por la idolatría, como tantas otras del monoteísmo hebraico, produjo los genios alados de los gentiles. El caballo representa el curso rápido de la vida; el ciervo es figura del alma desterrada y sedienta, que busca la fuente de la bienaventuranza.

La influencia del cristianismo en la escultura tenía que ser por demas sensible, siendo ésta, como hemos dicho, el arte más pagana, y teniendo entónces por principal elemento la forma, que es elemento secundario de la estética cristiana.

Limitada en un principio al bajo-relieve, sirvió la escultura tan sólo á los fines de la ornamentacion, pero apartándose ya del realismo pagano, é imprimiendo en sus figuras el reflejo,



cuando ménos, de un sentimiento de personalidad, que en vano buscaríamos en las obras del arte antiguo: rudos, secos, los personajes vestidos de la escultura cristiana, despiertan, sin embargo, ideas de un órden más elevado y varonil que la desnudez pulida de los atletas griegos y de las divinidades romanas. En el órden cronológico, y aún en el órden de la importancia artística de la escultura cristiana, pueden citarse, y también ponerse en competencia con los buenos sarcófagos paganos, los cristianos de Junio Basso y de Probo y Proba, que estuvieron en las antiguas grutas Vaticanas, y alcanzan por su antigüedad al siglo iv. El primero de estos monumentos, largo doce palmos y alto seis, de mármol pário, ofrece en su parte anterior, en diez cuadros, separados por columnas corintias, y divididos en dos órdenes de á cinco, otras tantas historias del Antiguo y Nuevo Testamento, en las cuales, la composición, las figuras, los adornos, todo pertenece al arte cristiano, y todo declara un estilo de evidente progreso, respecto de las obras paganas, en aquella edad de visible decadencia para la escultura, en que el arte sólo ofrecía obras como los bajo-relieves (no prestados) del arco de Constantino. El sarcófago de Probo y Proba, largo más de diez palmos y alto cerca de cuatro, estaba esculpido por todos sus lados: en el anterior, ó principal, puso el artista en cinco compartimentos, divididos por columnas retorcidas, diez figuras de Apóstoles y Evangelistas; y en el centro, entre San Pedro y San Pablo, á Jesucristo, figura jóven é imberbe, con cruz ornada de joyas en la mano: el estilo y la ejecución de este precioso monumento del arte cristiano exceden, acaso, en pureza, y sobre todo en la bien entendida disposición de los paños, al otro de Junio Basso. La Cueva de Belén y la Adoración de los Magos, la entrada en Jerusalem y varios milagros de la vida del Salvador, por lo que respecta al Evangelio; el sacrificio de Abraham, Moisés en la roca, el paso del Mar Rojo, la marcha por el desierto, la visión de Ezequiel, y muchos otros del Antiguo Testamento, son los asuntos con preferencia esculpidos en los sepulcros por los artistas cristianos. En las modestas piedras *tumbales*, ó lápidas, de las sepulturas, solían también

grabar, pero con ménos esmero, alguno de los símbolos de la doctrina evangélica; la paloma, el áncora, la palma, figuras alegóricas, que se veían, asimismo, en las numerosísimas lámparas de tierra cocida, con que alumbraban los vastos subterráneos de las Catacumbas. Multitud de estos objetos preciosos se guardan en la biblioteca Vaticana y en San Juan de Letran. Las inscripciones sacadas de las Catacumbas ocupan galerías enteras. La inmensa del palacio Vaticano, que conduce al Museo de escultura, es una de las más ricas curiosidades históricas y arqueológicas de la ciudad eterna. Ya en otra ocasión lo dijimos. El muro derecho, entrando, está lleno de lápidas y de urnas y de sepulcros del paganismo; el izquierdo está lleno de monumentos cristianos: es aquél un gran libro, que merece algunos días y aún algunos meses de estudio.

## VII.

La epigrafía funeraria de los cristianos es, á los ojos de la buena crítica, más admirable, si cabe, y más fecunda en enseñanzas que sus pinturas y sus esculturas. Los paganos habían llevado hasta la exageración y hasta la ridiculez los *elogios* sepulcrales. En los tiempos de la República, un renglon, una noticia ligera, solían constituir todo el epitafio: «Á Cecilia, hija de Q. Metello el Crético, mujer de Crasso», se leía tan sólo en el célebre monumento redondo de la via Appia. Pero á medida que las Catacumbas variaron, y que el lujo invadió todas las clases sociales, y que la ampulosidad rodía tomó posesión de las regiones del arte, el buen gusto literario fué también degenerando: entre la lengua del vulgo y la lengua de los oradores y de los poetas había un abismo: si los autores dramáticos no lo comprobáran por medio de algunos de sus personajes, lo demostraría el simple exámen de una multitud



de inscripciones, que, merced á coleccionistas eruditos, han sobrevivido á los monumentos en cuya frente estuvieron.

Los epitafios paganos se reducen á elogiar desmesuradamente al difunto, ó á burlarse de la muerte y de los vivos con una impudencia escéptica, que da frio y espanto. «Cuando estoy en la ciudad, decia un gallo en tiempo de Augusto, y cuando me paseo en el Foro y en las Basílicas, no oigo hablar sino de divorcios, de adulterios, de repudios, de padres duros y crueles, de hijos ingratos y perversos: cuando paseo por entre las tumbas, no veo en los epitafios más que maridos excelentes, esposas incomparables, mujeres adoradas, padres modelos de todas las virtudes, que dejan acá en la tierra una familia inconsolable.» La observacion del gallo es exactísima: es una pintura abreviada de la sociedad romana.

Gruter, en su obra *Corpus inscriptionum*, cita un epitafio latino, que merece ser traducido como muestra de decadencia y aún de extravagancia.

«Honrad á las almas santas. Monumento consagrado á los dioses Manes. Furia Spes á L. Sempronio Firmo, mi muy amado marido. Desde nuestra más tierna juventud un lazo de amor se formó entre nosotros. Poco he vivido con él; cuando el tiempo debia habernos visto siempre unidos, una mano cruel nos ha separado. Yo os suplico ¡oh muy santos dioses Manes! que tengais bajo vuestra especial proteccion á mi muy caro marido, y que seais con él indulgentes, para que yo le vea durante las horas de la noche. Haced de manera que él persuada á mi destino para que me deje en libertad de volar pronto al lado del esposo por quien suspiro.»

Esta especie de memorial sensible de la viuda de Sempronio no es por cierto un monumento literario; pero, al fin, no produce la impresion que este otro epitafio, que traduzco de otra piedra, recordado por el mismo autor:

«Mientras estuve en el mundo viví todo lo mejor que pude: acabó mi comedia: la vuestra se acabará. Aplaudid.»

Lo admirable es, que esta losa cubria los huesos de una mujer de 67 años.

No puede negarse que en alguna ocasion sobre las piedras

sepulcrales se esculpian pensamientos bellos. Marcial recuerda aquel que se leia en la tumba de una niña: «Tierra, no peses sobre ella; que ella bien poco ha pesado sobre tí.» El mismo Marcial compuso los epitafios de Pantomimo y de Clauco, cuyos sepulcros estaban en la via Flaminia.

Pero ¡qué diferencia entre las más estudiadas y grandilocuentes inscripciones del paganismo, y las más sencillas de los moradores de las Catacumbas! En la epigrafía pagana, ni un rayo de esperanza, ni una idea de consuelo; en la epigrafía cristiana, apénas una idea de muerte; por todas partes la luz de la resurreccion. Cuanto más antiguos los epitafios cristianos, más breves: en los dias de la persecucion, y quizá por la multitud misma de los cadáveres, apénas si el *fossor* podia escribir el nombre, con el monograma de Cristo, y á lo más una palma, ó la tosca indicacion de una paloma: así hay muchas piedras con una sola palabra: *Hilarie*, *Saturnini*: otras con un nombre y una sola frase: *Marcellina in pace*; *Theodorus in pace*; *Zoticus hic ad dormiendum*; *Filostorgus hic dormit*; *Dioscore, vive in aeterno*; *Faustina dulcis, vibas in Deo*. Dejamos en su ortografía original estos breves epitafios, porque se vea de una parte la anarquía ortográfica, de que con razon se lamentaban los gramáticos romanos, y de otra la condicion humilde á que pertenecian muchos de los artistas de las Catacumbas. Pero es la verdad que, incorrectas y mal escritas, como trazadas de prisa y quizá sin luz, estas inscripciones cristianas, en ellas se encierran ó indican las verdades fundamentales de la doctrina evangélica. *Ulpia, viva sis cum fratribus tuis*; hé aquí la idea de la bienaventuranza, en union con las personas queridas..... *Dulcis anima, pete et roga pro fratres et sodales tuos*. ¿Qué importa que no estén en ablativo los últimos nombres y el pronombre? ¿Es ménos clara por eso la idea de la oracion de los muertos por los vivos, una de las más bellas y consoladoras de nuestra creencia? Sería interminable la tarea de citar epitafios cristianos dictados por la ternura filial, por el amor de los cónyuges, por la caridad del hermano y del amigo. En casi todas esas lápidas hay la indicacion del estado y de la edad de la persona cuyos restos cubren; en algunas están grabados



los instrumentos ó emblemas de la profesion que ejerció; en las tumbas de los niños solian poner tambien los cristianos juguetes propios de la infancia, que ahora se conservan en los museos, y en el sepulcro de las mujeres, sus joyas y vasos de perfumes, de que tambien posee curiosos ejemplares la arqueología cristiana. Tan cierto es que los cristianos seguian la corriente de las costumbres antiguas, en todo lo que no afectaba á la esencia de su religion ni á los preceptos de su moral. Hoy, de todos aquellos objetos, de todos aquellos sepulcros, de innumerables lápidas, y en especial de los cuerpos de los mártires, están despojadas las Catacumbas: su propia desnudez parece que aumenta los caractéres de venerable antigüedad que conservan aquellos subterráneos. Lugares de refugio y de martirio, ellos vieron á las primeras generaciones cristianas orar y sufrir; ellos recibieron la sangre de santos Pontífices, sacrificados al pié del altar: ellos vieron desarrollarse el culto y nacer el arte; lugares de eterno descanso, ellos guardaron en sus millares y millares de sepulturas los despojos queridos de los primogénitos en la fe, de nuestros padres en el santo parentesco del bautismo; lugares de peregrinacion, ellos en los siglos que siguieron á la paz de la Iglesia, y despues en los dias de grandes angustias para la cristiandad, han recogido las plegarias de varones santos, de siervos de Dios, que, en vez de subir á la montaña, como Moisés, á pedir al cielo la victoria del ejército de Israel, bajaban á las Catacumbas á implorar el triunfo de la Iglesia, combatida por todas las legiones del genio de la soberbia: lugares una y mil veces santos, regados con sangre y lágrimas, ellos representan y representarán perpetuamente, en el espesor mismo de sus tinieblas, el más claro progreso; á pesar de su profundidad, la mayor posible elevacion del pensamiento y del alma; enmedio de su pobreza, un tesoro mayor que todas las maravillas de la Roma imperial.

La visita á las Catacumbas es para los soberbios una leccion elocuente, y es para los humildes un consuelo celestial.

Por muy contentos que veais á los viajeros, que en un dia claro de invierno dejan la claridad ofuscadora de la via Appia, para bajar al subterráneo de San Calixto, por muy libre-pen-

sadores y muy despreocupados que se muestren al comenzar la excursion, tened por seguro que en su pecho hay algo que oscila y que late con desacostumbrado movimiento; que por su cabeza cruzan ideas de un órden que subyuga. La humanidad no es tan mala como parece, ni tan de tierra, que no sienta cierto frio al contacto de la tierra: para todos hay voces elocuentes en el silencio de las Catacumbas. ¿Quién no lleva en el alma las cenizas de algun recuerdo querido? ¿Quién no lleva algun epitafio escrito en el corazon?

*Frascati, 18 de Agosto de 1869.*

FIN.